

La marea roja. El triunfo socialista en las elecciones porteñas de 1913*

#*Enrique Garguin*

Con el sorprendente triunfo electoral del 30 de marzo de 1913 en la ciudad de Buenos Aires, el Partido Socialista (PS) obtuvo para sí la banca de senador y las dos de diputados por la mayoría. El éxito se repetiría al año siguiente y también en 1924, interrumpiendo casi una década de predominio radical. En los autores que han tratado la cuestión electoral de comienzos de siglo, es casi un lugar común asegurar que dichos triunfos fueron obra de los votos conservadores que buscaban frenar el avance de la Unión Cívica Radical (UCR)¹. Esta hipótesis se origina, a nuestro juicio, en cuatro problemas diferentes.

1. Los resultados electorales muestran, en términos cuantitativos, un brusco crecimiento del caudal de votos obtenidos por los socialistas y un paralelo descenso del conservadurismo.

2. Ciertos testimonios de la época entre los que destacan, tanto las denuncias de los radicales, como las declaraciones de ciertos conservadores que se jactaron de ser los artífices del triunfo socialista.

1. Botana, Natalio (1977) *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana ; Cantón, Darío (1967), *Los partidos políticos argentinos entre 1912 y 1955*, Documento de Trabajo, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella; Viguera, Aníbal (1991), «Participación electoral y prácticas políticas de los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922», *Entre pasados*, Año 1, Buenos Aires, pp. 5-33.

* Esta indagación es el resultado de un ejercicio de investigación realizado a lo largo del Seminario «Partidos y sistema de partidos políticos en la Argentina moderna, 1880-1930», dirigido por el Dr. Waldo Ansaldi y desarrollado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata durante el primer cuatrimestre académico 1993.

#*Profesor e investigador UNLP - CISH*

3. El antecedente de 1904, cuando Alfredo Palacios fue electo diputado por la Boca con el apoyo del mitrismo².

4. La caracterización del PS como partido reformista, circunscripto al ámbito de la Capital que, por lo tanto, no constituiría un motivo de preocupación para los sectores conservadores.

Ahora bien, al desmenuzar esta hipótesis se desprenden varios razonamientos explícitos y/o implícitos entre los que destacan que mientras numerosos electores, en otras ocasiones, habían votado a los conservadores, en éstas, optaron por el PS. Pero no sólo eso sino que, además, esos electores son considerados conservadores en el momento de votar al PS y, por consiguiente, no carecen de partido pues no se trata de quiénes hoy votan por unos y mañana por otros. Asimismo, el hecho es explicado por la intención de frenar al radicalismo que presentan esos votantes, es decir, que habrían optado por una fina estrategia política, por una «elección racional». Esta posición refuerza la idea de que ya no se trataría de simples electores, sino de conservadores, y casi se diría de dirigentes conservadores. Por último, con respecto del triunfo socialista de 1913 que ocupará estas páginas, hasta hoy se han soslayado las relaciones entre esa victoria y las transformaciones del sistema político acarreados por la ley N° 8.871 (más conocida como ley Sáenz Peña).

Esta investigación se propone demostrar que esa hipótesis es inconsistente, advertir sobre los problemas historiográficos que provoca su enunciado y, al mismo tiempo, lograr conclusiones que ubiquen al acontecimiento en el interior de la globalidad socio-política que la vuelve ininteligible.

El Partido Socialista hacia 1913

No se pretende realizar un análisis exhaustivo del PS, sino abordar algunos aspectos relevantes para el objetivo de esta indagación vinculados, sobre todo, a los que incidieron sobre la relación del PS con las fuerzas conservadoras³.

En 1912 el PS poseía unos 2.500 afiliados, y si bien su práctica se circunscribía a la ciudad de Buenos Aires, su estructura partidaria era sólida y ampliamente difundida entre la sociedad civil porteña. Era único, en este sentido organizativo y programático, con reales ventajas sobre la UCR. De sus

2. Juan Carlos Torre (1973) «La primera victoria electoral socialista», *Todo es Historia*, N° 76, Buenos Aires, pp. 42-51.

3. Para más información pueden consultarse los trabajos de Sergio Berensztein (1989) *Un partido para la Argentina moderna*, Buenos Aires, 1990, policopiado; Falcón, Ricardo y Prieto, Agustina, «Los socialistas y el régimen oligárquico en la Argentina (1890-1912)», *Cuadernos del Clach*, Año 14, N° 50, Montevideo, pp. 93-104.

programas, así como de las declaraciones de su dirigencia y de la plataforma electoral, surge un hecho indiscutible: el PS aspiraba a ser, no ya un partido obrero revolucionario, sino «el» partido moderno de la Argentina, el órgano de democratización y elevación cultural de la sociedad. Sin embargo, sería erróneo concluir que por ello fuese más potable para los sectores conservadores. En primer lugar, estos últimos se oponían a todo lo que representase un avance democrático de la estructura socio-política nacional; en segundo lugar, ese inofensivo reformismo estaba aún en ciernes y, si bien ya era hegemónico dentro del partido, aún persistían importantes sectores radicalizados, como lo demuestra la ruptura de los «terceristas» de 1921. Entre estos se encontraba nada menos que el candidato a senador Enrique del Valle Iberlucea que en 1921 sería desaforado y puesto a disposición de la justicia, acusado de sedición por sus pares del Senado como consecuencia de sus discursos en favor de la entrada del partido en la Tercera Internacional fundada por Lenin⁴.

Esto no es una pura especulación. En primer término, algunas fuentes demuestran el temor que el PS provocaba en ciertos conservadores. En ese sentido, la siguiente opinión del diario *La Tradición*:

[...] para contrarrestar la acción del socialismo [...] que avanza amenazando la integridad y la cultura de la Nación, es necesario que los elementos sanos del país [...] aúnen sin tardanzas sus esfuerzos en la formación de un gran partido conservador⁵.

Esta hostilidad fue percibida por Federico Pinedo, quien años más tarde recordaría la llegada al Congreso de Juan B. Justo, cuyo primer discurso:

[...] causó verdadero estupor, por su forma y por su fondo. Aparecían allí cosas que nunca se habían dicho, que parecía que no podían decirse [...] [Con la referencia a conflictos de intereses y de clases enmascarados por la ilusión de la perfecta armonía se tuvo] la impresión neta de que con el maestro socialista no llegaba a la cámara uno de tantos, y que la reforma electoral podía traer al debate público otra cosa que la oposición puramente formal⁶.

Además, tal como se analizará en las páginas siguientes, desde ciertos sectores conservadores abundaron las reacciones chauvinistas contra el PS. En segundo término, suele afirmarse que los conservadores no descubrían peligro alguno en el PS y, para abonar esa afirmación, se invoca como prueba no sólo a

4. Corbière, Emilio(1987), *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea*, Buenos Aires, CEAL.

5. Citado en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 5 de abril de 1913.

6. Pinedo, Federico (1946), *En tiempos de la república*, Buenos Aires, Mundo Forense, tomo I, pp. 17-18.

las declaraciones posteriores al triunfo socialista –sobre ellas se insistirá más adelante–, sino a las frecuentes alusiones, transformadas en una verdadera pléyade de apelaciones que insistían en la «legalidad» y «honestidad» del PS. Ahora bien, ya que no es preciso insistir sobre lo que todos concuerdan, ellas podrían demostrar exactamente lo contrario: que para la mayor parte de los conservadores el PS era un partido «extremo» y «peligroso». Asimismo, también se silencia que la mayor parte de dichas declaraciones no fueron pronunciadas por conservadores, sino por sectores que pertenecía también a la burguesía, propiciaban la apertura del sistema político y la renovación de la elite dirigente, como es el caso de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*⁷. Por último, ocurrió un hecho que fuera narrado del siguiente modo por Carlos Ibarguren y que corrobora estas impresiones:

El triunfo [de 1914] de los socialistas en la capital, donde se redujo su actuación, causó un verdadero pánico en los círculos conservadores. Los senadores, que formaban la vieja guardia del «régimen», reunieronse privadamente en la antesala de la Cámara para deliberar acerca del peligro que significaba ese triunfo. Asistió a la reunión, solidarizándose con sus colegas y adversarios políticos, el único senador radical, señor José Camilo Crotto. [...] Hubo asentimiento general acerca de la conveniencia de calificar el voto, al menos el de los extranjeros nacionalizados⁸.

Extraño modo de comportarse el de estos conservadores. Un año entregan sus votos a los socialistas para evitar el triunfo radical mientras que, al otro, se unen con los radicales por temor a los socialistas.

Resultados electorales

Es necesario comenzar el presente apartado con algunas aclaraciones de tipo metodológico. El primer problema con el que nos encontramos surge de la posibilidad, según la ley entonces vigente, de realizar «borratinas»: esto significa que los electores podían tachar los nombres que no les agradaran de la lista elegida y cambiarlos por otros de diferentes agrupaciones. Ahora bien, los datos que normalmente se difunden suelen indicar los votos obtenidos por el candidato más votado de cada lista; sin tomar en cuenta la gran diferencia de

7. Nótese también que los pedidos de calma y los argumentos rechazando que hubiera peligro y que tampoco se debía temer al PS continuaron tiempo después cuando algunos conservadores intentaron autoconsolarse considerándose los verdaderos artífices del resultado electoral. Ver, por ejemplo, «El miedo», en *Caras y Caretas*, del 19 de abril de 1913; «Política», en *idem*, 26 de abril de 1913 y el editorial de *La Prensa* del 11 de abril de 1913.

8. Carlos Ibarguren (1955), *La historia que he vivido*, Peuser, Buenos Aires, pp. 297-298.

popularidad entre un integrante de la lista y el resto. Por ello esos datos no nos sirven para saber el consenso del que gozaba un partido político. En el presente trabajo nos manejaremos básicamente con otros dos tipos de cifras: la cantidad de votos obtenida por el candidato menos votado de la lista nos dará una idea aproximada de la cantidad de listas completas depositadas en las urnas (cuya cifra real podrá ser un poco menor, pero nunca mayor). Y el «modo», es decir la cifra aproximada que más se repite entre todos los candidatos de la lista. Esta última cifra será tomada como indicador de los votos dirigidos a los partidos –aunque incluya algunos casos de borrratinas– y no a los «nombres». Los contemporáneos utilizaban el promedio para esta finalidad, pero resulta más fidedigno el «modo» pues no sufre las elevaciones artificiales que sí sufre el promedio cuando un candidato se eleva demasiado por sobre el resto de sus compañeros de lista⁹. Una vez realizada esta observación, es posible comparar los años 1912 y 1913 según la forma más frecuente para presentar la información.

9. Por ejemplo, el caso del PS en la elección de 1912: Palacios obtuvo cerca de 32.000 votos; Juan B. Justo poco más de 22.000; luego se ubicaron Iberlucea, Bravo, Repetto y Dickman con alrededor (y en promedio) de 15.300 votos; y finalmente Cúneo y Mantecón con poco menos de 14.000. En este caso, el «modo» es 15.300, y el promedio elevaría dicha cifra en unos 3.000 votos. A partir de estos datos se considera que hubo unas 15.300 personas que votaron al Partido Socialista, aunque algunas de ellas hayan borrado algún candidato, cambiándolo por alguien de otra lista. También es lícito afirmar que más de 15.000 electores escribieron el nombre de Alfredo Palacios en la lista de algún otro partido. El contraste entre cantidad de listas completas y cantidad de votantes, nos dará una imagen de la importancia de la elección de «notables». [Nota de los editores: el modo es una medida de tendencia central junto con la media y la mediana. No presenta las desventajas de la media a la que afectan los números muy grandes o muy pequeños ni tampoco los de la mediana que, si bien no acusa problemas con valores extremos, no es útil con gran número de observaciones. La mediana y el modo son de difícil uso algebraico aunque la ventaja de los valores modales reside en que son utilizables con datos numéricos y no numéricos].

Cuadro 1:

*Votos obtenidos por el candidato más votado
de cada lista.*

Años 1912 y 1913¹⁰.

Partido	1912	1913 (Dip)	1913 (Sen)
UCR	35.896	30.612	30.808
PS	32.451	48.595	42.084
UC	32.739	22.760	2.883
U. Com	17.096		
UN	29.814		
Zeballos		8.899	
En blanco	7.265	4.552	

A partir de estos datos es posible concluir que el triunfo socialista se logró a costa de una merma de los votos radicales y, en mayor medida, de los conservadores. Sin embargo, la elección de 1913, al elegirse sólo dos diputados y un senador, no dejaba mucho margen para el cambio de nombres dentro de las boletas. Así, siendo insignificante en el resto, la mayor diferencia de sufragios obtenidos por un mismo partido se ejemplifica con los 6.000 votos de menos que obtuvo Del Valle Iberlucea respecto de los diputados socialistas. Aquí, es necesario subrayar que en 1912 había ocurrido lo contrario con sólo un 55 % de listas completas. Y si se reduce el efecto de la «elección de notables» analizando los «modos» obtenidos en 1912, se observa que para 1913 la UCR incrementó su caudal en 1.500 votos (en lugar de la reducción de 5.000 del cuadro anterior); la UC, en vez de 10.000 electores de menos, los tuvo de más; y el PS logró un crecimiento aún mayor, ya que su «modo» de 1912 fue 15.300 votos aproximadamente. Por otro lado, si se repara que los 29.814 votos de la UN en 1912 correspondieron a Zeballos, este último sufrió una merma de 20.000 sufragios, aunque el «modo» de su partido, Unión Nacional, había sido de 15.000. A esta caída de un notable conservador, debe agregarse la desaparición de la Unión Comunal, que logró unos 7.000 votos de «modo».

10. Las siglas UC, UCom. y UN representan a los partidos conservadores Unión Cívica, Unión Comunal y Unión Nacional respectivamente. Los datos fueron tomados de Cantón, Darío (1968), *Materiales para el estudio de la sociología política en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial del Instituto Di Tella, vol. 1 y 2, y los diarios *La Nación*, *La Prensa* y *La Vanguardia*.

El anterior análisis de los votos obtenidos por los partidos políticos parecería apoyar, aún más que el caso de los candidatos más votados, la hipótesis discutida en el presente trabajo. Sin embargo, esta conclusión que parece incontestable es, a nuestro juicio, más apresurada que obvia. Para comprenderlo es necesario pasar del «primer plano» a la «panorámica». Veamos el siguiente cuadro:

Cuadro 2: Votos obtenidos por radicales socialistas y conservadores (modos aprox. x 1000) Años 1912-1922¹¹.

	1912	1913		1914	1916	1918	1920	1922
		Dip. / sen.						
RADICALES	29,0	30,5	30,8	33,0	56,5	71,0	58,5	74,5
SOCIALISTAS	15,3	48,5	42,0	41,0	50,0	49,5	58,0	63,0
CONSERVAD.	35,0	22,2	1,8	26,0	11,5	6,0	37,5	31,0
ELECTORES	106,0	109,0	109,0	109,0	126,0	143,0	162,0	181,0

El salto del PS, lejos de haber sido coyuntural, claramente constituyó un crecimiento neto del socialismo que se mantuvo durante toda la década, representando entre el 35 % y el 40 % del electorado (Cuadro 3). Esta evolución del socialismo estuvo acompañada por un crecimiento de la UCR que, paulatino hasta 1914, se tornó brusco en las elecciones de 1916 y 1918, y por una baja constante de los conservadores, cuya caída más empinada ocurrió en 1916, paralela al incremento de la UCR. Es ilustrativo mencionar al pasar el contraste con la elección de 1904, ya que en aquella oportunidad el Partido

11. Para ver más claramente las distintas tendencias se han incluido las agrupaciones representantes de intereses similares bajo un mismo nombre. La denominación «conservadores» incluye a los partidos Unión Comunal, Unión Nacional y Unión Cívica para 1912; al último y al «independiente» Zeballos en 1913; la UC y el Constitucional para 1914; al PDP en los años 1916 y 1918; partido al que se le suma el pequeño Partido Unitario en 1920 y la Concentración Nacional en 1922. Asimismo, se sumó a los votos del PS los obtenidos por el PS Argentino de Palacios (1916-1920); los del PS Internacional (1920); y los del Partido Comunista en 1922. La denominación «radicales» sólo incluye otra agrupación (la escisión «principista») en los datos de 1922. Si bien algunos de estos agrupamientos pueden resultar abusivos, consideramos que no lo son en el presente contexto ya que estamos interesados principalmente en los electores. Es de suponer, sin temor a equivocarnos, que los votantes del PC lo habían sido del PS al igual que su dirigencia. Ocurriendo lo mismo con la UCR Principista y la UCR. Con respecto al PDP, si bien puede resultar embarazoso considerarlo lisa y llanamente conservador, no caben dudas de que constituyó en Capital Federal el mayor receptor de votos conservadores. Y siempre se trata de los modos y no de los votos obtenidos por el candidato más votado con lo cual se impide que un voto sea sumado más de una vez. Las fuentes son las que se indican en la nota 10.

Socialista no había logrado conservar los 830 votos que le permitieron a Palacios ser electo diputado por La Boca (en 1906 obtuvieron 510 y en 1908, 853 votos manteniéndose por debajo del oficialismo).

Cuadro 3: Votos obtenidos por radicales socialistas y conservadores Años 1912-1922. Porcentajes¹².

	1912	1913	1914	1916	1918	1920	1922	
		Dip./Sen.						
RADICALES	27,4	28,0	28,3	30,3	44,8	49,7	36,1	41,2
SOCIALISTAS	14,4	44,5	38,5	37,6	39,7	34,6	35,8	34,8
CONSERVAD.	33,0	20,4	29,2	23,9	9,1	4,2	23,1	17,1

Este corrimiento de vastos sectores del electorado que abandonaron las agrupaciones conservadoras para dirigirse hacia el PS primero y a la UCR después, no puede ser llamado conservador mas que haciendo un uso abusivo del término, tan ilegítimo como considerarlo socialista o radical. Sólo se puede tildar de conservadores a los electores que votaron al PS en 1913 si se omiten las siguientes cuestiones:

1. Los 30.000 votos que el socialismo agregó a su caudal en 1913 hubieran otorgado el triunfo a la UC, aunque con ese supuesto no se explica, por qué se volcaron al PS restando votos a un partido conservador pues, si el conservatismo «liberal» de los cívicos no los conformaba, podrían elegir al más duro e «independiente» Zeballos.

2. La continuidad del caudal socialista: difícilmente pueda mantenerse tan fina táctica durante tantos años por parte de conservadores aislados (puesto que ninguna agrupación prestó apoyo explícito a las listas del PS), e incluso continuar con semejante táctica cuando la división del PS en 1916 hizo prever una reducción de su caudal, como efectivamente ocurrió.

3. También el triunfo radical de 1916 fue simultáneo con la reducción del caudal de votos obtenidos por los conservadores: sin embargo nadie lo interpretó como una nueva estrategia conservadora, a pesar de que en este caso

12. Los datos de base corresponden al Cuadro 2. Como se menciona en la nota 11, los partidos fueron agrupados por "tendencias", quizás resulte de interés reparar en los porcentajes obtenidos por el PS desagregados del rótulo socialistas. Los mismos son los siguientes : 32,14 % en 1916, 31,5 % en 1918 y 32,6 en los años 1920 y 1922.

varias agrupaciones de dicha tendencia le brindaron su apoyo explícito (como el partido Constitucional y la Unión Demócrata Cristiana, e incluso numerosos cívicos con el consentimiento de Udaondo)¹³.

Pero si bien no es acertado –o, al menos, resulta apresurado– atribuir el triunfo del PS a los votos conservadores, puede aún pensarse que, aunque en menor medida, colaboraron en él. En el primer cuadro, se advierte que hubo alrededor de 6.500 electores que eligieron a los diputados socialistas, pero no a su senador; y, en forma paralela, otros 8.899 votaron a Zeballos como senador, desconociéndose su elección de diputados. Obviamente, las combinaciones posibles son innumerables; sin embargo, la coincidencia es demasiado exacta: si a los 6.500 votos que no recibió Del Valle Iberlucea, se le suma la diferencia entre los votos en blanco de diputados y los de senador (2.700 que votaron a senador pero no a diputados) se obtiene una cifra muy cercana a los votos de Zeballos. Por otro lado, es necesario mantener presente que las diferencias de votos internas en las otras listas fueron ínfimas. Por ello se concluye que unos 6.500 ciudadanos habrían combinado diputados socialistas con un senador conservador. Nuevamente aparece la sombra del mismo engaño. ¿Debemos considerarlos conservadores?

Por ahora señalemos que nadie se atrevió a denunciar una alianza a partir de dicha coincidencia: seguramente porque no habría sido creíble puesto que Zeballos era un candidato clerical y militarista; en cambio, la UCR denunció una alianza con los cívicos aún cuando ésta no se refleja en los resultados. Ahora bien, de todas las fuentes consultadas sólo una menciona esta coincidencia numérica: Wilmart, luego de señalar que los ciudadanos independientes hartos del antiguo régimen se volcaron mayoritariamente al socialismo por considerarlo más «moderno» que la UCR, se pregunta:

¿Y por qué tuvo el Dr. Zeballos los 7.400 votos que el senador del Valle Iberlucea tuvo de menos que los diputados socialistas? Es que aquel atacó también fuertemente un acto del gobierno indudablemente errado; [...] algunos diarios de la tarde aplaudieron el ataque y es natural creer que los que no leen más [que esos diarios] [...] vieron primordialmente en el orador a un diputado que quiere exponer y exigir responsabilidades¹⁴.

13. Botana, Natalio, *op. cit.*, pp. 326-327.

14. Wilmart, R. (1913), «Las elecciones de marzo-abril en la capital», en *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (en adelante, *RACP*), VI, Buenos Aires, p. 121.

Lo que aquí interesa no es tanto la explicación concreta que expone sobre el por qué unos electores independientes combinaron polos tan disímiles, como la imposibilidad –tanto él como los que ni siquiera mencionan el tema– de pensar que los conservadores «zeballistas» hubiesen votado diputados del PS. Por lo tanto, si hubo electores que combinaron candidatos socialistas con conservadores, y también los hubo que votaron al socialismo (y continuarían haciéndolo) habiendo votado a conservadores en 1912, considerarlos conservadores es tan ilegítimo como llamarlos socialistas. Es que la caracterización de esta vasta masa de votos no puede apoyarse sólo en los números. Es preciso cambiar el punto de enfoque.

¿Hay algún indicio que permita sospechar tal táctica conservadora? Tal como ya se afirmó, los sostenedores de la hipótesis del «préstamo» mencionan algunos comentarios de la época: sobre todo la «jactancia» de algunos «intelectuales» conservadores, las denuncias radicales y sus repercusiones.

La opinión conservadora del ser a la nada

«...todo ocurrió porque los mayas y los aztecas perdieron el dominio de la comunicación. La palabra de los dioses se ha vuelto ininteligible...los aztecas describen el comienzo de su propio fin como un silencio que cae: los dioses ya no les hablan.»

Tzvetan Todorov, *La conquista de América*.

En este apartado se analizarán las consideraciones que realizaron los conservadores del triunfo socialista según sus dos principales diarios: *La Nación* (LN) y *La Prensa* (LP).

La primera reacción fue el silencio. Enmudecimiento que denota el paralizante asombro y la desesperación de los que se enfrentan, cara a cara, con su propio destino. «La sorpresa es grande; llega al estupor para la antigua clase gobernante. Sus órganos de publicidad se desorientan y no alcanzan una sencilla y natural explicación» del hecho¹⁵. La recuperación del habla y la coherencia del análisis tuvieron una relación inversa con el compromiso adquirido tanto con la ley 8.871 como con la propia elección. Así, LP demostró una reacción relativamente rápida: no participó de la campaña electoral y realizaba una ácida campaña sobre el gobierno de Sáenz Peña –principalmente dirigida

15. Peralta, Alejandro: «El pueblo quiere principios», en *RACP*, vol. VI, Buenos Aires, abril de 1913, pp. 133-149

contra su ministro de gobierno Indalecio Gómez, artífice de la cuestionada ley electoral. *LN*, en cambio, insumió más tiempo para esbozar una interpretación, y cuando lo hizo demostró con claridad el dolor de su propio fracaso.

Mientras en *La Vanguardia* del 3 de abril ya se encuentra un editorial titulado «La explicación del triunfo» como, así también, citas de *Le Courier de La Plata* y *El Diario Español* que descontaban el suceso, recién el domingo 6 *La Prensa* ensayó una explicación pese a que el diario había informado sobre el triunfo socialista desde el 4 de abril. A *LN* le insumió aún dos días más digerir el acontecimiento par poder analizarlo en una nota editorial. Aunque en su sección informativa puede “leerse” el triunfo socialista desde el 4 de abril, recién el día 8 le dedicó un editorial que intentaba explicar ese «resultado tan contrario a las previsiones corrientes», «en su propia anomalía sorprendente»¹⁶.

Incluso, ya el jueves 3, *LN* mencionaba que los socialistas no tenían dudas acerca de su triunfo y, avalando dicha opinión, publicó la nómina de electores socialistas para el colegio electoral. Junto con ella, el diario no se privó de deslizar, oculta bajo el disfraz informativo, una descalificación de los candidatos que devino moneda corriente entre las voces conservadoras: a raíz del hecho de que muchos de ellos no habían nacido en suelo patrio, comentó que ofrecían

[...] una característica novedosa en nuestras luchas políticas; [aunque] todos los extranjeros que figuran en esta nómina de electores, como se comprende, tienen adquirida la ciudadanía argentina. [...]

En igual condición se encuentra el candidato a senador, doctor Enrique del Valle Iberlucea, que es español de origen¹⁷.

Esta supuesta neutralidad informativa se desvanece en el instante preciso en que la sentencia es observada dentro del contexto en que fue dicha y del que cobra todo su significado: los anarquistas primero, y los socialistas después, fueron acusados de «extranjerizantes que atentan contra la argentinidad». No es superfluo recordar que quienes descalificaban por extranjeros a los candidatos socialistas eran los mismos que no sólo admiraban a Europa sino que era allí donde gastaban los excedentes obtenidos de la explotación de una mano de obra predominantemente europea. Como detalle anecdótico mencionamos que del Valle Iberlucea fue concebido en Rosario (Argentina) y, aunque nació en España, se crió y pasó toda su vida en Argentina¹⁸.

16. *LN*, 8 de abril de 1913.

17. *LN*, 3 de abril de 1913.

18. Véase Corbière, Emilio, *op. cit.*, quien señala que arribó al país a los ocho años; a diferencia de Wilmart, *op. cit.*, que considera que llegó siendo un bebé de meses. Condenas a esta generalizada actitud chauvinista pueden encontrarse en Wilmart, idem, Peralta, *op. cit.*, y Rivarola, Rodolfo, «Resultados de las elecciones de marzo», en *RACP*, *op. cit.*, pp. 199-203.

Ya se ha señalado que, pasados unos días, los medios burgueses recuperaron el habla. Sin embargo, a pesar de tomarse su tiempo para meditar las palabras, no estuvieron exentos de ambigüedades. El mencionado primer editorial de *LN* que analizó el tema, expone lo que se podría denominar un tipo intermedio en la reacción psicológica de los conservadores, pues persevera en algunos de los tópicos descalificantes propios del temeroso desasosiego primigenio. Bajo el título «La elección», el autor consideró su «anverso», su «reverso» y su «cuño». En el «anverso» sostuvo que:

[...] es un resultado de justicia y de verdad, sin desconocer por ello el desacierto que entraña para los votos independientes, a los cuales se debe por descontado. [...]

Es que la opinión se halla desorientada como sucede siempre que uno viene a encontrarse bruscamente en posesión de un inesperado bien; lo cual determina, en el caso, estas votaciones de carácter impresionista, en las cuales la corazonada de una enorme masa flotante se decide por la simpatía y el desengaño pasajeros que alternativamente le inspiran una interpelación del señor Palacios o un incidente del señor Justo, o todavía, [...] la acoquinada impotencia de la minoría radical [...].

El pueblo es dueño de su libertad hasta para equivocarse [...].

Cierto conservatismo mal entendido querría ver en el triunfo socialista un descalabro del presidente. Semejante comentario revela con claridad uno de los secretos de la elección [...] Es evidente, en efecto, que las fuerzas conservadoras de la última elección, si exceptuamos a la UC, han hecho la política de lo peor, dando sus votos a los socialistas para impresionar al presidente con un resultado excesivo [...] [La mayoría socialista] de 15.000 o más votos sobre los radicales [...] corresponde en gran parte a las agrupaciones conservadoras ausentes en la lucha.

En el «reverso» de la elección centró su análisis en el hecho «nada halagüeño» de que la mayoría de los electores de la lista socialista eran extranjeros, al igual que del Valle Iberlucea. Aunque esto tampoco sería preocupante puesto que:

Afortunadamente, [...] es seguro [...] que muchos de los votantes independientes a los cuales debe su éxito el socialismo, no habrían votado la lista en cuestión de haber conocido la nacionalidad de sus componentes [...].

Una nueva elección les depara desde luego, sensibles disminuciones.

Trátase, en el caso actual, de una paradoja que no volverá a repetirse. Argentino por definición verbal, nuestro socialismo resulta, en el hecho, un partido de extranjeros naturalizados. Y por grande que sea el extravío de la opinión, el país sabrá gobernarse a fin de cuentas.

Fijemos el cuño de la elección [...].

[Los electores independientes han votado al Partido Socialista en] protesta contra la ineptitud del congreso. Ha sido éste, a no dudarlo, el principal móvil negativo, aunque también ello reporta al socialismo el mejor triunfo moral, puesto que se debe a la honrosa actitud de sus dos únicos diputados [...]¹⁹.

19. *LN*, 8 de abril de 1913.

Este razonamiento podría obrar como una demostración que los votos conservadores, tanto como independientes, fueron los responsables del triunfo socialista. Sin embargo, es necesario no olvidar que constituye una especulación realizada por el diario de los Mitre y que, por lo tanto, debe superar la crítica interna antes de extraer conclusiones.

LN actuaba como vocero apenas encubierto de la UC y ello colocaba al diario en una difícil posición. Como defensor de la Ley Sáenz Peña no podía acusar, lisa y llanamente, al pueblo de ignorante; pero al mismo tiempo, no ocultaba su asombro y estupor por el triunfo socialista. Es que al diario le cabía perfectamente la visión impresionista que Leopoldo Maupas tuvo del partido:

[...] es el rico que tiene escrúpulos de conciencia. Tiene el interés del conservador, pero su aspiración es progresiva. Reconoce la legitimidad de las aspiraciones de la mayoría numérica; pero teme su realización radical e inmediata. Le repugna el egoísmo cínico del conservador; pero teme las exageraciones e inculturas del elemento popular ²⁰.

Ya en el «anverso» encontramos las ambigüedades propias de su configuración ideológica: partiendo de la base de que el socialismo no había ganado con votos propios, calificó a estos electores como «independientes». Pero ese calificativo no expresaba una neutralidad completa en relación a las distintas fuerzas políticas en pugna sino que, por el contrario, el artículo translucía la pretensión de una suerte de empatía entre el autor y esa masa de opinión denominada «independiente». Dicho de otro modo: sostener que el pueblo se equivocó, calificar como un «desacierto» su decisión, o decir que luego del resultado se hallarían «en vías de sorprendido arrepentimiento» sólo es posible partiendo de la base de que existe cierta «identidad» entre el sujeto que enuncia y el objeto de la enunciación, que el que habla es el mismo que el hablado. Se podría pensar que ambos eran «independientes», pero no es posible pues el que habla representaba a los cívicos. Es decir que esa «enorme masa flotante», lejos de ser independiente, era en verdad considerada como (naturalmente) conservadora, sólo que «desorientada»²¹. A su vez, cabe agregar que representa-

20. Leopoldo Maupas (1912), «Trascendencias políticas de la nueva ley electoral», en *RACP*, Buenos Aires, p. 421, citado por Waldo Ansaldi, «¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930», en Waldo Ansaldi, Alfredo R. Pucciarelli y José C. Villarruel (editores) (1993) *Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945*, Biblos, Buenos Aires, p. 22.

21. Era muy común en la época hablar de «independientes» refiriéndose a sectores de la elite sin partido. Téngase en cuenta que, dado el carácter efímero e inorgánico de la mayor parte de las agrupaciones conservadoras, era sumamente frecuente que incluso políticos de gran trayectoria se considerasen «independientes». Ello ocurrió con el conservador clerical Zeballos, que en la elección que nos ocupa se presentó como «independiente».

ba para *LN* un conservatismo bien entendido, es decir «cívico», por oposición a ese otro sector del conservadurismo –el «mal entendido»– que, mediante una «política de lo peor», también habría colaborado en el triunfo del PS.

En relación a este punto, debe subrayarse la falacia del análisis que se pretende lógicamente construido. En efecto, un amplio sector del conservadurismo responsabilizó al gobierno por el descalabro sufrido y hasta se solicitó la revisión de la ley Sáenz Peña. Sin embargo, este hecho de ninguna manera «revela con claridad» que dicho sector habría volcado sus votos hacia el socialismo «para impresionar al presidente con un resultado excesivo». Por el contrario, esa mencionada postura podría indicar la conciencia de algunos sectores del conservadurismo porteño acerca de la imposibilidad de triunfar en una elección instituida según las nuevas reglas de juego; reglas que limitaron en profundidad sus tradicionales modos del hacer política, basados en las prácticas del fraude y la venalidad. Imposibilidad ya insinuada en 1912 y que la última elección sólo mostraba en forma más contundente.

En el «reverso» el autor reiteró el ataque chauvinista que pretendía descalificar al PS por no ser realmente argentino; ensayó, asimismo, una predicción que el tiempo demostraría errónea y que, por ser la conclusión de un silogismo, demuestra también la falacia de una de las premisas: la nota sostenía que el PS era un partido de extranjeros; y como segunda premisa, que los «independientes»-conservadores sólo por error y desconocimiento pudieron votarlo. La conclusión era obvia: el socialismo disminuiría sensiblemente sus votos en las próximas elecciones. Conclusión obvia aunque falsa (Cuadro 3) pues falsa la premisa que subyacía al razonamiento: la indiferenciación entre los electores «independientes» y el conservador autor de la nota.

Los dioses gritaron a coro, pero a los conservadores sólo les cayó el silencio; un silencio difícilmente comprensible para *LN*, puesto que sencillo es comprender los fracasos ajenos, entender por qué los dioses dejan de hablarle a los otros; lo complicado, trabajoso, lo imposible casi, es aceptar y comprender que ya no le hablen a uno. Sin embargo, hay un punto de la interpretación que parece correcto: la afirmación de que la ineptitud del Congreso jugó un papel decisivo en favor de los socialistas se generalizó en la época y no presenta, a nuestro juicio, ni errores lógicos ni contradicciones con la realidad concreta que es posible reconstruir.

En los días siguientes, los editoriales de *LN* continuaron prestando gran atención al «sorprendente» suceso. Pero con más calma y mente fría, sus comentarios fueron más cautelosos y ya no se descubre una presencia tan fuerte del sentimiento de «identidad» con los votantes del PS (que siguieron considerándose) «independientes»; sentimiento que, sin embargo, persistió larvadamente en la esperanza que dichos sectores se (re)encaminarían, en el

futuro, hacia la Unión Cívica. Por lo demás, los comentarios se dirigieron, predominantemente, a explicar por qué los independientes optaron por los socialistas y no por los radicales:

Para los electores independientes [...] no queda duda a este respecto: el pueblo de la capital ha consagrado espontáneamente la victoria del partido socialista, negando su concurso al radicalismo [...] ²².

Esta toma de distancia del problema facilitó una menor injerencia de los propios fantasmas y, en consecuencia, una mayor coherencia. El análisis se centró en los distintos comportamientos en el Congreso de los legisladores ya electos. Según su opinión, el radicalismo no había presentado un solo proyecto de ley sobre los puntos «trascendentales» que justificaban sus revoluciones; todo lo contrario de los socialistas quienes, por lo demás:

[...] no han seguido una norma de conducta que corresponda estrictamente a las inspiraciones de su credo partidista. Más bien han llenado, como lo observaba con razón el doctor Justo en algún discurso, el papel de representantes liberales, que les dejaba libre la inercia de sus colegas radicales.[...] [y] han seguido un programa de acción positivo en un sentido simpático al sentimiento popular. Así se explica que las clases conservadoras hayan creído conveniente y saludable robustecer esta representación [...] ²³.

Vemos aquí que si, por un lado, ensayó una explicación del por qué «las clases conservadoras» pudieron votar por el socialismo, por otro, continuó negando la realidad de la derrota, identificando el «sentimiento popular» con los conservadores sin lograr explicar, aún en el supuesto que ello se correspondiera con la coyuntura, el por qué no votaron a la UC o a Zeballos.

En el editorial del día 14 de mayo (último que dedicó al tema) encontramos una declaración acerca de la limpieza y, por ende, de la representatividad que el acto electoral tuvo en tanto espejo de la sociedad porteña; como así también una enumeración de las distintas razones que habrían llevado a los «independientes» a decidir su voto:

Pocas veces como en el caso de las últimas elecciones el resultado de un acto comicial revelará tan claramente a un país la naturaleza y función de las energías cívicas que han entrado a regir su vida política, después de tan largo período de subordinación absoluta a la presión de los intereses que hicieran del gobierno el único elector:

22 *LN*, 9 de abril de 1913.

23 *LN*, 10 de abril de 1913.

Unos, han votado la lista socialista porque creen que conviene que ingresen todavía elementos de esa agrupación al congreso para neutralizar la rutinaria inercia de ideas que padece el viejo espíritu político del parlamento-costumbre. Otros, porque les ha sido simpática la actuación de los representantes socialistas frente a la irreductible desidia politiquera de los legisladores vieux régime y a la estéril oratoria heroico-retrospectiva de la representación radical; y otros, por fin, declaran haber votado a los socialistas para oponerse al triunfo de los radicales [...] ²⁴.

Se observa una clara evolución en el pensamiento de *LN*. El silencioso chauvinismo originario se moderó mientras se transitaba hacia una explicación donde los responsables del triunfo socialista eran «independientes»-conservadores. Desapareció luego aquel chauvinismo y se morigeró el autoconsuelo identificatorio para abrir cauce a una interpretación que, al indagar en las causas que llevaron a los independientes a preferir a los socialistas sobre los radicales, logró mayor equilibrio al separarse de sus propias frustraciones. En esta última explicación, señalaba tres factores que habrían impulsado a la elección de la lista socialista, a saber: la oposición al radicalismo, los méritos propios de los socialistas (especialmente la actuación de sus dos diputados) y la oposición al régimen (que en la nota era expresada de manera velada mediante la referencia al «viejo espíritu político del parlamento» y a «la desidia politiquera de los legisladores vieux régime» que, sin duda, nos están connotando a todo el viejo régimen). Estos tres factores coyunturales estaban enmarcados (aunque de manera no muy clara) en un proceso más global, el de la nueva «naturaleza y función de las energías cívicas que [habían] entrado a regir» a partir de la ley 8.871. Resulta interesante hacer aquí una comparación con *LP*, puesto que mencionaba los mismos tres factores, también enmarcados dentro del cambio del sistema político (ver infra); sólo que la oposición al gobierno era explicitada de manera tajante del mismo modo que las transformaciones del sistema todo.

Ya se ha mencionado que *LP* no tomó claro partido por ninguna de las agrupaciones que se disputaron el favor popular en las elecciones de 1913. Quizás porque no creía en la legitimidad de la participación de las mayorías no se presentó al oráculo a recibir el mandato divino que, intuía, no le estaría dirigido. Esto, es obvio, no significa que su discurso fuera apolítico; sólo que, manteniendo una férrea lucha contra los sectores reformistas de su propia clase, la burguesía, se mantuvo al margen de la contienda electoral. Este hecho signó sus análisis enfatizando, por un lado, todo lo que podría interpretarse como un fracaso del gobierno mientras que, por otro, logró un mayor distanciamiento del hecho concreto y, así alcanzó una mayor coherencia al no estar

²⁴ *LN*, 14 de abril de 1913.

envuelta en la densa neblina que suele distorsionar la visión de los que se encuentran, sorpresivamente, frente a un inesperado fracaso.

En el editorial del 6 de abril, titulado «El triunfo socialista», se lee, según testimonios personales:

[...] que todos escuchamos en los centros que frecuentamos, afirmamos que muchos votaron la lista socialista, íntegra o fraccionada, para impedir el triunfo de la radical [...]. Otros vengaron agravios de diverso origen e índole. Y es muy común oír confesar [...] que entendieron protestar, de esa suerte, contra el gobierno.

Podría pensarse que nos encontramos aquí frente a otra prueba, de carácter impresionista, del apoyo conservador a la lista socialista; pues la primera pregunta que salta del texto se refiere a quiénes eran los que frecuentaban dichos centros; la respuesta, aunque hipotética, se presenta patente: deben haber sido caballeros de la alta sociedad porteña. Sin embargo, no es posible admitirlo puesto que la importancia numérica de dicho sector no superó lo ínfimo. Un hecho que sin duda tuvo en cuenta el editorialista pues, de inmediato, aclaró que las conclusiones de esos comentarios podrían pasar por alto lo fundamental de la elección:

[El escrutinio] arroja guarismos de sufragios jamás alcanzados en esta gran Buenos Aires por ninguna de las personalidades del patriciado de esta tierra de mayor culminación y prestigio.

Es nuestro parecer que la evolución de la política argentina [...] ha llegado [...] a una hora de suprema y trascendental crisis, marcando el momento de más tremenda descomposición [...] cuya última etapa marca la disolución de las agrupaciones orgánicas o condensaciones de opinión con banderas teñidas de ideales.

Este problema es central: incremento del número de votantes y crisis de las agrupaciones conservadoras fueron de la mano. Desconsolado, el editorialista continuaba:

El país [...] se siente irresistiblemente inclinado a los partidos de ideas avanzadas que protestan contra el orden de cosas existente: no es conservador [...], no quiere conservar los frutos de los métodos de gobierno usados de cerca de medio siglo a esta parte. [...]

Sin consigna previa, que nadie habría podido impartir, y cediendo a un impulso que es colectivo, ha producido el hecho trascendental que contemplamos. Si prevaleciera el espíritu conservador y si solamente se hubiese querido evitar el triunfo radical, la masa de votantes no socialista habría apoyado la lista cívica por ser la más representativa de la tendencia «conservadora». ¿Por qué le negó sus sufragios y dio un triunfo sensacional a los candidatos socialistas? [...]

Es un sufragio negativo más que positivo. [...]

Es la liquidación decretada por la conciencia popular y social de una civilización política vituperable, que perdió el culto al ideal democrático y que dejó apagar en los altares de la patria el fuego sagrado de las virtudes republicanas [...]»²⁵.

Esta exposición demuestra una cabal toma de conciencia respecto de la derrota que la ley Sáenz Peña implicó para la corriente conservadora: el pueblo votó «espontáneamente», «sin consigna previa», consigna que ninguna agrupación conservadora «habría podido impartir»; «no es conservador», no votó a los cívicos. Ya que el artículo perseguía el doble propósito de analizar la elección y de continuar con la campaña de oposición al gobierno concluía identificando un responsable:

La crisis de las llamadas clases dirigentes y gobernantes fue precipitada por la ruptura del resorte de los presidentes jefes de partido y grandes electores²⁶.

Son éstas dos expresiones de una misma clase social. Ambas creían férreamente en el liberalismo económico y en el progreso indefinido; ambas creían poseer la verdad conveniente para el país. Pero diferían en un punto político central: mientras *LN* expresaba una ideología en la que eclosionaba la contradicción entre sus tradicionales modos de hacer política y la filosofía que sustentaba su visión económica, *LP* no descubría ninguna objeción al respecto: las «verdades» que se desprendían de su filosofía justificaban hasta los medios que la contradecían. Bien pudo haber salido de sus páginas aquella frase que George Orwell imprimió en su *Rebelión en la granja*: «Todos los animales son iguales..., pero algunos son más iguales que otros».

Desde esta posición, a *LP* no le sorprendió tanto el triunfo socialista: siempre pensó que el gobierno de todos era el gobierno de los peores y que para que «la verdad» triunfase sólo debían votar algunos pocos. *LN*, en cambio, sintió necesidad que su verdad fuera legitimada por la mayoría; creyó que ambos factores podían marchar juntos; y se lanzó a la lucha para que su verdad fuese refrendada de hecho por un electorado masivo. El veredicto no pudo ser más shockeante. A la parálisis producto del mismo, siguió un balbuceo discriminatorio que sería su lógica: mi verdad no fue legitimada, pero tampoco es legítimo el triunfo de un partido de extranjeros. Luego descubrió el autoconsuelo de un remanso: el triunfo socialista era legítimo pero coyuntural pues se debía al voto de sectores conservadores «mal entendidos» y, fundamentalmente, al apoyo de esa gran masa de opinión independiente-conservadora-bien entendida-cívica que votó erróneamente, desorientada en esos momentos

25. *LP*, 6 de abril de 1913.

26. *Ibidem*.

de grandes cambios, dejándose arrastrar por simpatías pasajeras aunque con la práctica retornaría a sus carriles naturales.

Al menos sin antes contrastarlo con otras fuentes, ese autoconsuelo impide, lisa y llanamente, considerar que el PS triunfó con votos conservadores. Por lo demás, aquél parece diluirse en notas posteriores. Aquí, interesa subrayar el contraste existente con las opiniones vertidas por *LP*, medio que —con el discreto desencanto propio de los que adquieren conciencia de su propia imposibilidad para actuar sobre el nuevo terreno— negó en forma contundente que el resultado obedeciera a votos conservadores.

Así es que, habiendo sido la manifestación absoluta de la «opinión», del «ser», los conservadores tornaron a encarnar la «nada», la representación de sólo sí mismos, sólo ese escaso número de «notables» que conformaba la burguesía porteña.

Los dioses no son los mismos, la modernidad, con la laicización que conlleva, se ha encargado de ello. Sin embargo, perdura la trascendentalidad del ser que, en el caso de la política, adquiere la forma de la soberanía popular expresada mediante el voto. Más este ser, fundamento legitimador del sistema republicano, ha cambiado el viejo lenguaje del fraude y la exclusión de la mayoría por otro nuevo, libre de las condiciones del régimen oligárquico, un hecho que le permite expresarse más cabalmente aunque no todos estén en condiciones de escuchar su mensaje. Los conservadores perdieron el dominio de la comunicación, los dioses ya no les hablan. No a ellos.

La voz de La Vanguardia

Se comprenderá que la visión socialista expresada en su periódico oficial *La Vanguardia* (*LV*), amerita un breve espacio, en tanto sujeta a similares objeciones que las planteadas para *LN*. En primer lugar, dos impresiones del partido en los momentos previos al comicio. Por un lado, es indudable que descontaban cierto crecimiento de votos a su favor que se manifiesta con claridad en el tono más eufórico de las notas respecto de la elección de 1912 y, asimismo, en la popularidad de las manifestaciones preelectorales. Estas sorprendieron a muchos. Con exageración, el diario calculaba que el mitin del domingo anterior a los comicios contaría con una asistencia de 40.000 almas (mientras que otros medios, como *LN*, la estimaban en 15.000, cifra similar a la manifestación radical)²⁷.

27. Cfr. *LV* del 24 y del 25 de marzo y *LN* del 24 y del 29 de marzo de 1913. Para las impresiones generales hemos consultado *LV* del mes de marzo de 1913 (ediciones diarias, menos los lunes), como así también las previas a las elecciones de los años 1908, 1910 y 1912; para éste último son de utilidad los ejemplares de los meses de marzo y abril.

Pero, por otro lado, pareciera que el partido no creía con firmeza en el triunfo. Varias expresiones de sus dirigentes indicaban que sin duda, aún sin obtener la mayoría, el crecimiento del partido sería importante.²⁸ Ello se observa, sobre todo, en un caso concreto: la posición del partido en relación al «tercer diputado».

En efecto, días antes de las elecciones del 30 de marzo en que se elegirían sólo dos diputados y un senador por la Capital, se abrió una nueva vacante de diputado. La posibilidad de incluir la elección del mismo en el acto comicial ya proclamado, estimuló dos posiciones. Mientras la UCR consideraba ilegal incluirlo en la misma elección pues no mediaba el plazo legal necesario entre el llamado a elecciones y su realización, el PS y la UC entendían que no se violaba el espíritu de la ley en tanto la convocatoria se había realizado —con el tiempo suficiente para que las distintas agrupaciones se preparasen— y sólo variaba el número de plazas en juego sin que siquiera se modificase la conformación de las boletas. El núcleo de este razonamiento era el siguiente: como consecuencia de la ley electoral de los dos tercios sólo podrían incorporarse dos diputados por la lista mayoritaria del mismo modo que si sólo se hubiesen elegido dos diputados. En ese caso, la única diferencia consistía en que además ingresaría un diputado por la segunda fuerza. Con estos antecedentes es posible medir la «autoconciencia» exacta de las distintas fuerzas. La UCR creía en el triunfo y pretendía elecciones separadas aspirando a que los tres diputados le pertenecieran (dado el supuesto que obtenía la mayoría en dos elecciones consecutivas). La UC como el PS aspiraban a constituirse en segunda fuerza y pugnaban por la elección conjunta que abría las puertas para un diputado por la minoría.

En estas condiciones, no es de extrañar que el triunfo haya sorprendido a los mismos socialistas que prontamente se abocaron a explicar el proceso. En los comienzos fue la euforia y gritaron a los cuatro vientos que merecían el triunfo por su honestidad, por los veinte años de insistente trabajo y propaganda junto al pueblo trabajador, por la madurez de éste, etc.²⁹ Pero pasados unos días se vieron obligados a responder de manera más creíble a algunas de las interpretaciones y acusaciones de sus adversarios. Así, en el editorial del día miércoles 9 se lee:

Admitamos que varios centenares de los votos dados a nuestros candidatos procedan de hombres que por su posición deben ser clasificados entre los elementos conservadores. ¿Han podido ellos influir en el resultado de la elección? De ninguna manera.

28. Ver, por ejemplo, el discurso de Nicolás Repetto del domingo 23, en la edición de *LV* del 24-25 de marzo de 1913.
29. «La explicación del triunfo», en *LV* del 3 de abril; «El triunfo», en *LV* del 6 de abril de 1913; el comunicado del Comité Ejecutivo del PS, en *LV* del 11 de abril de 1913.

Los caudillos del antiguo régimen, anulados desde el 7 de abril del pasado año, no han podido, tampoco, aportarnos elementos de que ya no disponen. En la sección en que uno de ellos [se refiere al Dr. Luro] ha querido resucitar sus laureles, brindando su apoyo a la Unión Cívica, hemos obtenido una mayoría de votos considerable.

Han votado pues, por los candidatos socialistas los electores que no pertenecían a ningún partido -porque entre ellos y los viejos caudillos no existían más que vínculos accidentales que no dejan rastro [...]-, y que han adquirido bastante experiencia para emplear sus sufragios inteligentemente.

Fuera de estos elementos regenerados, y de los hombres de trabajo que siempre han estado con el Partido Socialista [hay que sumar otro grupo:] [...].

Nos referimos a los ciudadanos desencantados del radicalismo, que ante la esterilidad de sus representantes parlamentarios, han debido retirarles su simpatía y su apoyo. Estos últimos son legión [...].

De aquí se desprende que los radicales, abandonados por una buena parte de sus antiguos electores, no han podido mantener sus posiciones del 7 de abril sin recibir ingente suma de votos de los elementos que le son especialmente simpáticos, de los clericales³⁰.

Pues bien, aquí, más allá de las típicas consideraciones del triunfador sobre la inteligencia de los votantes, o la chicana final a los radicales (sin descartar muchos votos de radicales desilusionados), se expone una explicación bastante más seria: los conservadores no prestaron los votos de los que, como consecuencia de la ley Sáenz Peña, ya no disponían (el ejemplo de Luro está allí para demostrarlo); los electores (además de los socialistas de siempre y de los exiliados del radicalismo) fueron ciudadanos independientes, sin partido, que si antes pudieron haber votado por agrupaciones conservadoras, ello no significa que siguieran siéndolo sino que, librados del sistema de corrupción imperante, se habrían regenerado.

Es obvio que, sin duda, esa interpretación está impregnada por los intereses inmediatos del emisor (no es verosímil la teoría de la «regeneración» del electorado) pero contiene algunos elementos que se encuentran en otros actores que no representaban los mismos intereses (como *LP* o los analistas políticos que se estudiarán más adelante) pero que consideramos de importancia para comprender el fenómeno. Nos referimos a la decadencia conservadora como consecuencia de la libertad efectiva de sufragio y a la posibilidad de un pasaje de votos desde la UCR hacia el PS.

Reacción radical

La UCR realizó una corta campaña abriendo sus comités unos días antes de la elección. Ello, junto con la postura adoptada en el mencionado suceso del

30. Nuestro legítimo triunfo», *LV*, 9 de abril de 1913

tercer diputado, indica que descontaba su triunfo. Pero, paradójicamente, el mismo domingo de las elecciones comenzó con sus defensivas acusaciones. Ese día denunció un supuesto pacto entre la UC y el PS, por el cual en la sección cuarta se votaría al candidato a senador de la primera y a los candidatos a diputados del segundo, alianza que ambos partidos negaron y que nadie tomó en serio³¹. Ni en los resultados de dicha circunscripción, ni en los totales generales se verifica la existencia de tal combinación de votos. Lo disparatado radica en que San Juan Evangelista, cuarta circunscripción electoral, era baluarte del socialismo, lugar donde ya había triunfado el año anterior y que continuaría siéndole propicio en todas las elecciones hasta 1930, con excepción de 1928, cuando Yrigoyen como candidato presidencial logró el triunfo para su partido en las 20 circunscripciones de la Capital.

Luego llegó una circular del Comité Nacional de la UCR que muestra claramente el extraviado delirio al que condujo un traspie electoral al partido que creía ser la encarnación del espíritu del pueblo todo:

Es este el resultado de una siniestra conjuración tramada por el régimen imperante en el país, que en la imposibilidad de realizar aquí los fraudes y las agresiones puestos en juego en el interior de la república, no ha vacilado en prestar su concurso a una secta, compuesta en su mayor parte de extranjeros sistemáticamente enemigos de todo bien común.

La confabulación se ha producido con los más infamantes caracteres, habiendo votado por los socialistas hasta los funcionarios y casi todas las reparticiones del gobierno nacional y aún parte también de la provincia de Buenos Aires.[...]

Tan inaudito suceso es uno de los más profundos agravios causados a la nación [porque siempre se tuvo presente] el sentimiento de la nacionalidad, que en este caso se ha profanado³².

Es ilustrativo hacer nuestro el sencillo comentario de Rivarola al condenar dos manifestaciones destempladas e injustas:

[la acusación de que el triunfo se debió al voto de los extranjeros, y] la circular del presidente del partido radical que, con trompeta desafinada, anunció ante el mundo que el resultado de las elecciones se debía a una «confabulación» tramada por el ministro del interior, «contra la más gloriosa de las reivindicaciones humanas». [...] Nadie tomó en serio la circular, y puesto que en realidad sólo ha perjudicado a su autor, puede perdonársele el yerro.

31. Ver *LV*, del 2 de abril y *LN*, del 31 de marzo y del 1 de abril de 1913.

32. Citado en *LN*, del 9 de abril de 1913.

Y es que el documento realmente logró una rara unanimidad de criterio en todo el resto de la opinión: el desacuerdo³³.

La mirada de la ciencia política

En esta sección analizaremos las opiniones de algunos prestigiosos intelectuales de la época que, hasta donde sabemos, reivindicaban su posición de observadores independientes de la realidad social y política. Si atribuimos mayor credibilidad a sus opiniones, no es por creerlos poseedores de una suerte de objetividad especial sino, simplemente, por considerarlos hombres que en su búsqueda de una posición objetiva lograron, al menos, no sujetarse a las intromisiones de subjetividades demasiado entusiastas o resentidas, fruto del resultado electoral.

Rodolfo Rivarola, R. Wilmart, Alejandro Peralta, Héctor R. Baudón y Eduardo Marthur³⁴ surgieron todos de la alta sociedad porteña, pero ello no impidió que, en general, sus análisis lograsen cierto distanciamiento crítico y arribasen a conclusiones que diferían substancialmente de las más difundidas dentro de su clase.

¿Qué nos dicen estos hombres sobre la hipótesis del préstamo de votos conservadores al socialismo para evitar el triunfo radical?

Alejandro Peralta niega de plano dicha hipótesis y es muy claro al respecto:

Se ha dicho que el deseo popular de impedir el triunfo del partido radical lo ha decidido a ofrecer sus votos al partido socialista[...]. Pero, ¿por qué? ¿No estaba ahí la Unión Cívica, cuyo programa había sido cuidadosamente sazonado para cualquier paladar? ¿Por qué no darle a ella sus votos, ya que el programa socialista le era repugnante? [...]

33. La cita de Rivarola está tomada de «Resultado...», *op. cit.* p. 200. Para corroborar que nadie lo tomó en serio pueden verse: «La glosa de la elección», *LN, ibid*; Wilmart, *op. cit.*, pp. 118-119; Peralta, *op. cit.*, pp. 140-141; y «El documento radical», *LV*, 9 de abril de 1913, donde se citan las reacciones de muchos otros medios.

34. Rivarola, Rodolfo, *op. cit.*; Wilmart, R., *op. cit.*; Peralta, Alejandro, *op. cit.*; Baudón, Héctor R., «Comentario positivo a las elecciones de la capital», en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Tomo XIV, Buenos Aires, mayo de 1913, pp. 73-87; Marthur, Eduardo, «109.000 votos», en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 12 de abril de 1913. Comparando estos análisis con las investigaciones citadas en la nota N° 1 de este trabajo, es conveniente señalar que mientras Darío Cantón no indica fuente alguna para probar su hipótesis; los dos primeros artículos, junto a declaraciones de políticos radicales, constituyen las únicas a que nos remite Natalio Borana; en tanto que Aníbal Viguera cita a Rivarola, Peralta y Baudón. Aunque la credibilidad de este último dista de ser óptima, es el único que testimonia en dirección favorable a la hipótesis que aquí se refuta. El resto de los artículos que se analizan en este apartado lejos de probarla nos inducen a pensar en dirección contraria.

Con ese criterio se ha estudiado y se ha analizado la actualidad política, el resultado de las elecciones del 30 de marzo, expresión de voluntad de un pueblo que jamás ha hablado, cuyo pensamiento es un misterio, cuya voluntad se desconoce en absoluto y a quién se atribuye naturalmente el mismo criterio con que se han mirado siempre las cosas en la política, sin tener en cuenta que él no las miró nunca ni intervino jamás en su solución, ni en su discusión siquiera³⁵.

En cuanto a E. Marthur, R. Rivarola y R. Wilmart, sólo una lectura apresurada puede interpretar que sostuvieron la hipótesis del voto conservador. Veamos a Wilmart, quien hablando de los 80.000 votos que, sumados, obtuvieron la UCR y el PS, sostuvo que:

[...] esa enorme masa ha votado en contra del funcionamiento de los poderes políticos. Ni hay 49.000 socialistas, ni hay 31.000 radicales, afiliados en la capital. La gran mayor parte de esos números corresponde a ciudadanos no partidistas. El susto, ingenuo o fingido, manifestado por unos conservadores en los primeros días, ha pasado [se refiere al tema de los extranjeros] [...]

El año pasado esas dos masas populares de civismo existían; pero mayor era la que votaba por la lista radical [...] Los radicales de fila han aumentado, los socialistas también; pero los independientes los ha apoyado en proporción inversa de la del año pasado [...] Los partidarios de la política personal criolla [...] se han mostrado encantados de este cambio de detalle, porque el radicalismo (organizado en todo el país) les parece más temible que el socialismo [...] para hacerles perder las posiciones políticas que se obtienen lejos de la capital; ellos se jactan de haber prestado sus votos de la capital a los socialistas y no a los radicales³⁶.

En el segundo párrafo se afirma, en efecto, que los conservadores se «jactaron» de haber volcado sus votos en favor del socialismo. También se expone una explicación del por qué se mostraron encantados del cambio de preferencias del electorado, afirmación que al mismo tiempo podría sustentar el hipotético préstamo de votos al PS. Pero, en rigor, el párrafo se limita a mencionar un hecho concreto (que los conservadores se jactaron de ser los artífices del triunfo) ocurrido varios días después de la elección y una vez que el susto hubiera pasado. Por el contrario, es sustancial la observación sobre los «ciudadanos no partidistas» que votaron «en contra del funcionamiento de los poderes políticos»; esta idea rige al artículo en su conjunto y no existe pretensión alguna de validar la jactancia conservadora. En ese sentido, al referirnos a una «lectura apresurada» se ha pretendido subrayar que, si bien el párrafo es el único que menciona al voto conservador, aclara que fueron independientes los responsa-

35. Peralta, A., *op. cit.*, pp. 142-143.

36. Wilmart, R., *op. cit.*, pp. 118-119.

bles del triunfo socialista y que los conservadores sólo a posteriori intentaron auto-atribuirse los méritos de la ocasión.

Por su parte, Rivarola y Marthur ni siquiera mencionan la posibilidad del préstamo de votos. El primero señala que:

[...] el partido socialista ha triunfado, y por gran mayoría, con votos argentinos de opinión independiente. [...] Averiguar por qué le ha favorecido la opinión argentina independiente, es entrar en el terreno de conjeturas. [...]

Marthur, siguiendo la misma tesitura, nos dice que:

[...] los socialistas han triunfado por la misma razón que los radicales lo consiguieron el año pasado: porque el pueblo está harto de caudillos de tercer orden, de partidos sin programa y de políticos en desuso [...] ³⁷.

Ninguno de los cuatro analistas políticos se hizo eco de la versión lanzada por los propios conservadores que se habían atribuido los méritos del triunfo socialista. Y hay otro aspecto significativo: dos de ellos, lejos de haber relacionado al electorado independiente con los conservadores, analizaron los votos radicales y socialistas como una unidad, como un vasto sector que, más allá de las preferencias coyunturales por uno u otro partido, representaba la oposición al viejo régimen político que los conservadores intentaban salvar.

El artículo de Baudón se diferencia de los otros cuatro en varios aspectos: en primer lugar, es el único que no sólo habla de votos conservadores sino de una «coalición» formada por el PS con «los nacionalistas y los cívicos» para «violentar el partido radical tratando de empujarlo a su ruina». En segundo lugar, manifiesta una clara aversión hacia el PS —«que no es partido socialista nacional o argentino sino socialista a secas»— al que, además, acusa de inmoral, oportunista, etc. No es éste el único parentesco con la UCR: también posee su característico lenguaje metafísico. Lenguaje ambiguo y confuso que sólo resulta claro en sus críticas al partido socialista, pues, por lo demás, reparte halagos tanto a la UCR como a los cívicos o a Zeballos, llegando a decir, en una parábola digna de los textos bíblicos, que si descendiera:

[...] el mismo Dios a la capital del estado argentino, y se presentara de candidato a las elecciones del Parlamento, [no podría volver triunfante al paraíso puesto que]

37 Rivarola, R, *op. cit.*, p. 201; Marthur, E., *op. cit.*

estarían los socialistas [...] para disputarle la victoria [...]. Ellos sabrían vencerlo y, después... tendrían tantos otros hombres mejores!³⁸

Para este autor, finalmente, el comicio de 1912 fue «digno y noble»; en él, el pueblo:

[...] se presentó severamente poseído de su calidad de votante consciente o sentimental -que suele ser una de las fases de la más absoluta y positiva conciencia-, [mientras que en 1913 ese mismo pueblo] ha facilitado o ha sido el instrumento ingenuo de las maniobras de los hábiles, remedo mezquino de los famosos arbitristas que teñían la impudicia de la truhanería cervantina³⁹.

La soledad y los numerosos prejuicios implícitos en las opiniones de Héctor R. Baudón dejan a su artículo por debajo del umbral de credibilidad necesario para considerarlo como un testimonio fidedigno. La hipótesis de la transferencia del voto conservador al socialismo pierde así otro de los elementos llamados en su apoyo. Pero, ¿cuáles son las causas del triunfo socialista que expuso el resto de los analistas políticos? Los cuatro coincidieron en que la mayor parte de esos 42-48 mil votantes correspondían a una categoría imprecisa, denominada de diferentes maneras: «pueblo» (Peralta, Marthur), «independientes» (Rivarola, Wilmart), «ciudadanos no partidistas» (Wilmart). Consideramos que éste es un buen punto de partida para un análisis desprejuiciado. Adoptaremos la última denominación («ciudadanos no partidistas») por ser la más neutra, sin las pomposas pretensiones de «pueblo» —que siempre remite a una totalidad inexistente—, sin las connotaciones que «independiente» tendría como asimilable, en parte, a conservador.

Veamos el razonamiento de Rivarola que, más allá de la cuantificación, resulta muy claro al respecto:

La adhesión permanente con que cuentan los partidos que se presentan a la elección puede apreciarse así: radical, 30.000; unión cívica, 20.000; socialista, 15.000. En total, 65.000. [...] hay todavía 45.000 votos independientes, [...] una opinión ante la cual los partidos son responsables de su propia obra política, los juzga al votar por el de mejor conducta actual, según su propia impresión [...].

En las recientes elecciones, los candidatos socialistas han tenido hasta 48.000

38. Baudón, Héctor R., *op. cit.*, p. 78.

39. *Idem*, p. 84. La noción más difundida en la época era opuesta: la elección de 1913 superaba en pureza a la anterior, 1912, en la que habían abundado las prácticas venales (ver *infra*). Y es ésta, también, la dirección en que la mayor parte de los datos nos induce a pensar.

votos: los dos tercios de la opinión independiente le habían acompañado, sin un voto falso; sin un voto vendido⁴⁰.

Así, la pregunta puede reformularse con mayor especificidad: ¿por qué el PS ganó los dos tercios de ese electorado no partidista para sí? En primer lugar, los cuatro artículos plantearon la centralidad explicativa que, como telón de fondo, adquirió un hecho fundamental: el cambio que en el sistema político provocó la ley Sáenz Peña. Consideramos que toda interpretación del triunfo socialista debe partir de este hecho. Ya hemos dicho que tanto *LN* como *LP* mencionaron este factor; pero mientras en el primero no resultaba del todo claro, en el segundo es posible sospechar la influencia de la cruzada política que desarrollaba contra el gobierno de Roque Sáenz Peña. Una crítica semejante no es correcta respecto de las cuatro fuentes que analizamos en este apartado. Eduardo Marthur escribió:

Los caudillos que otrora podían como buenos augures vaticinar el triunfo de cualquier candidato y hasta calcular los votos que sacaría éste o aquel partido haciendo una simple división con los pesos de que disponía el tesoro, desde que se implantó la nueva ley electoral [...] han demostrado que tienen que acogerse a la jubilación [...] cuando los ciudadanos dan su voto gratis et amore, el papel de augur es muy desairado.[...]

[...] el voto de 109.000 ciudadanos [...] prueba el éxito y la eficacia de la nueva ley [...]; ya no será posible [...] que resulte electo un diputado por 2.000 votos; ahora para serlo hay que pertenecer a un partido con programa que represente la aspiración del pueblo⁴¹.

A partir de esta base, surgen distintos factores relacionados directamente con las propuestas políticas que, a mediano plazo, poseían los articulistas. Así, Rivarola consideraba que un factor de importancia sería la organización y la existencia de un programa socialista. Porque:

[...] su organización y su programa han dado a su conducta especialmente en el congreso, una seguridad de criterio que ha impresionado a la opinión en su favor.

Quienes piensen en contra del programa socialista, definan como él sus ideas, organicense como él, y conciban la libertad del sufragio como un medio, no como un fin, para que no se les acabe el programa el día que exista el sufragio libre⁴².

Así concluyó su artículo refiriéndose claramente al fracaso de la UCR sobre

40. Rivarola, *op. cit.*, p. 200.

41. Marthur, *op. cit.*

42. Rivarola, *op. cit.*, pp. 202-203.

la que ya había realizado otra comparación: las actitudes frente al fraude y la falta de libertad electorales del PS (persistencia y legalidad) y de la UCR (abstención y revolución), ejemplificaban la pugna por el mismo fin, en:

[...] el estado actual de la civilización nacional, el primer procedimiento supera considerablemente al segundo. La razón se impone sobre la violencia⁴³.

La explicación de Peralta era similar. Sostenía que el pueblo -que no era conocido pues nunca antes había hablado- se encontraba en una etapa de tránsito, en la que convivían el antiguo espíritu religioso metafísico con el nuevo espíritu positivo, moderno, principista. Así se explicaba el resultado electoral, ya que «Las ideas abstractas son la únicas que aparecen en la propaganda radical», representando este partido el «espíritu metafísico»; mientras que «la unión cívica tampoco ha ofrecido principios concretos de gobierno». Sólo el PS enuncia:

Principios concretos de gobierno y de legislación; ofrece luchar por la implantación de determinadas instituciones, por la modificación de otras, por la práctica leal de las que considera buenas⁴⁴.

Por eso es que el PS se había ganado a la gran parte del «pueblo» de «espíritu positivo», «el pueblo [que] quiere principios».

Para Wilmart, que bregaba por un régimen constitucional a la europea, los votos obtenidos por la UCR y el PS se entendían como crítica al presidencialismo retrógrado existente.

Y la razón por la cual [este año fueron más votos al PS que a la UCR] [...], es que a muchos les pareció más moderna la actuación de los diputados socialistas que la del año pasado de los radicales, diputados y senador⁴⁵.

Por último, Eduardo Marthur consideraba, como ya se ha señalado, que se había votado contra el antiguo régimen:

[...] y casi aseguraríamos que el triunfo de estas elecciones ha correspondido a los socialistas, porque han sido los únicos legisladores que [...] han puesto en discusión los temas de palpante actualidad que interesan a la economía de la Nación⁴⁶.

43. *Ibidem*.

44. Peralta, *op. cit.*, pp. 144-146.

45. Wilmart, *op. cit.*, p. 121.

46. Marthur, *op. cit.*

Hacia una nueva hipótesis

A esta altura de la exposición, los razonamientos precedentes indican que carece de sólidos fundamentos la hipótesis del préstamo de votos conservadores deseosos de frenar el avance radical. Se limita a una explicación simple del incremento de votos socialistas pero no explica la continuidad temporal de ese mismo caudal ni la tendencia decreciente de la tasa conservadora; olvida que semejante cantidad de conservadores habrían logrado el triunfo de una agrupación propia; no formula crítica alguna de los comentarios de los contemporáneos.

Ni los diarios conservadores ni los analistas políticos se hicieron cargo de dicha hipótesis (más que en una ínfima medida), quedando como sus únicos portavoces la desvariada UCR y Héctor Baudón (*LN* sólo en un momento mencionó tal posibilidad y como un factor menor —nos referimos a los «conservadores mal entendidos»—). Por el contrario, numerosos testimonios de la época (coincidentes con nuestro análisis de la opinión conservadora) señalaron que la primera reacción del campo conservador fue la sorpresa, y que las declaraciones sobre los votos que se volcaron al socialismo fueron posteriores. La secuencia revela con claridad que la última actitud representó un mecanismo de autoconmiseración y justificación, realizado a posteriori, sin por ello descartar que algunos conservadores aislados votaran, en efecto, al PS aunque no influyeran con ello en el resultado. Tanto los resultados electorales como esas reacciones, revelan una cuestión fundamental: los conservadores ya no eran una fuerza política de peso en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires. Finalizado el fraude y la compra de votos, parece ser que sólo poseían el recurso de considerarse los artífices de los triunfos ajenos y, de este modo, evitar reconocer la insoportable levedad de su peso específico.

Asimismo, resulta claro que la calificación de los electores que optaron por el socialismo no puede lograrse en forma definitiva. Se trata de elaborar y validar hipótesis que incluyan los distintos elementos que se han recortado de la complejidad histórica concreta.

El punto de partida deberá ser la reforma electoral que introdujo cambios fundamentales en varios aspectos. Sobre todo, en la capacidad conservadora de atraer votos que permitió la transformación completa del mapa político argentino. Entre la elección de 1910 y la de 1912 los votos obtenidos por las agrupaciones conservadoras en todo el país descendieron del 96% al 65%. En las realizadas en 1922, a diez años de sancionada la ley, apenas obtuvieron el 28 % del favor popular⁴⁷. Sólo en la Capital Federal, ya se ha señalado que la

47. Darío Cantón, *El sufragio universal como agente de movilización* (1966), Documentos de Trabajo, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, p. 17.

caída fue más brusca (Cuadro 3): el 33 % en 1912 y un magro 4 % en 1918 con un efímero repunte (23 %) en 1920, luego del recrudecimiento de los conflictos sociales de 1919, cuando «el gobierno radical estuvo casi al borde de ser derrocado por un golpe militar» y sufrió el éxodo de numerosos votos de clase media alta al conservadurismo⁴⁸.

Según el reformador Indalecio Gómez, el viejo sistema presentaba:

[...] tres grandes males [...]: la abstención de los ciudadanos, la maniobra fraudulenta en el comicio, la venalidad que hace perder la conciencia de ciudadano al elector⁴⁹.

A esos males atacó la ley. No previeron sus autores que con ella, lejos de permitir entrar a la oposición como minoría —ésta era su intención—, se estaba decretando el fin de los propios conservadores al eliminar los mecanismos que les permitían mantenerse en la cúspide del poder político. Nótese este simple hecho: antes de 1912, en la ciudad de Buenos Aires el oficialismo se alzaba todas las bancas en juego con alrededor de 20.000 votos (lo hizo con tan sólo 15.000 en 1908 y con 23.000 en 1910); mientras que en 1913 el socialismo obtuvo 48.000 votos con los que ganó dos de las tres bancas de diputados. En el primer caso, muchos de esos pocos votos eran fraudulentos.

Así recordaba Carlos Ibarguren aquella primera década del siglo:

[...] ausencia total de lucha cívica y de ideales que movieran a la juventud y a la opinión ciudadana; venalidad electoral y fraude en los comicios donde los caudillos locales [...] compraban millares de libretas cívicas para venderlas a los candidatos [...].

Recordaba también al Dr. Benito Villanueva, cuya vida resulta paradigmática de la corriente conservadora toda, pues:

[...] era encarnación de ese ambiente materialista y utilitario [...] llegó a las más encumbradas posiciones a fuerza de dinero generosamente derramado con criterio práctico para atraer voluntades, votos, simpatías y adhesiones [...] En los enjuagues electorales era un maestro [...] todo lo compraba empleando los medios adecuados [...]. Conservó su fortuna mientras mantuvo importante posición política y la perdió cuando fue declinando esta influencia, sin que se le reeligiera en los cargos públicos, años después del triunfo del partido radical. Murió fallido, solo, olvidado⁵⁰.

48. David Rock, *El Radicalismo Argentino. 1890-1930*, (1992), Buenos Aires, Amorrortu Editores, p. 187 [primera edición en castellano 1977].

49. Indalecio Gómez, Discurso en la Cámara de Diputados, sesión del 8 de noviembre de 1911, referencia de Botana, *op. cit.*, p. 270.

50. Carlos Ibarguren, *op. cit.*, pp. 148-149.

Nótese que hablamos de triunfos con unos 20.000 votos e Iburguren menciona la compra de millares. No creemos que sea una falla en la memoria del que ya ha vivido la historia pues concuerda con numerosas referencias. Por ejemplo, la siguiente de Federico Pinedo:

[...] la noche misma de las elecciones [del 7 de abril de 1912] llegó a casa de mi padre un amigo personal de Don Benito Villanueva, viejo político que figuraba esta vez como candidato a senador de la Unión Nacional, trayendo de la dirección de ese partido un dato preciso: «Benito le ha ganado a Beazley (candidato cívico) por 10.000 votos». La profecía, fundada en el cómputo de los votos pagados y que se suponía adquiridos resultó más o menos exacta; pero lo que no se previó fue que radicales o socialistas, que no se consideraban rivales peligrosos, pudieran aventajar a nacionales y cívicos. Fue un resultado del voto secreto que ponía fin a la compra directa de sufragios ⁵¹.

Las citas podrían multiplicarse, pero son suficientes para mostrar un punto central: los conservadores no poseían votos para prestar, no se compra lo que ya se tiene, y la elección de 1912 los previno sobre posteriores derroches de dinero. Es por ello que Benito Villanueva no pudo ser reelegido en cargos públicos y que los «partidos [conservadores] han cerrado el boliche...», ya que:

[...] como están las cosas, de nada vale gastarse una fortuna en reclame [...], ni favorecer con prebendas a los escrutadores [...], ni el socorrido asado con cuero de las elecciones de antaño [...] llegado el momento de la prueba el partido [...] se encuentra con la desagradable sorpresa de que si a la hora de comer contaba con cinco mil votos, el día del escrutinio no saca más que diez [...] ⁵².

Se objetará que la elección de 1912 fue realizada con la nueva ley y, sin embargo, los socialistas sólo obtuvieron 15.000 votos, mientras los conservadores recaudaron 35.000. Ciertamente, el problema es más complejo.

En primer lugar, en dicha elección la compra de votos continuó y en gran cantidad; en este sentido, si bien el voto secreto, la pureza del padrón y la limpieza electoral hirieron gravemente al conservadurismo, el tiro de gracia lo disparó la masividad que adquirió a partir de entonces toda contienda electoral —producto, sin duda, de esas mismas condiciones, pero también de la obligatoriedad. Masividad que, como ya vimos, fue fundamental para comprender el triunfo socialista (y la caída conservadora) tanto por los analistas políticos como por el diario *LP* y, en menor medida, también por *LN*. Es decir, si la compra de votos no aseguraba el triunfo, no ocurrió tan sólo porque se engañaba al com-

51. Federico Pinedo, *op. cit.*, tomo I, p. 15.

52. Angel Bueno, «Candidatos en danza», revista *Caras y Caretas*, 1, 15 de marzo de 1913.

prador gracias al secreto del voto sino, sobre todo, porque la cantidad necesaria para la victoria volvía poco rentables las candidaturas. Por lo tanto, es más que probable que las cifras de votos conservadores de 1912 se hallen abultadas por dicha práctica. La influencia de estas continuidades en el resultado fue claramente percibida por los contemporáneos. Rodolfo Rivarola, al analizar el triunfo socialista y compararlo con el radical del año anterior, sostuvo que las elecciones de 1912 fueron «absolutamente legales»:

[...] pero fueron impuras en cuanto abundaron los ardides electorales de los partidos y de los partidarios de candidatos aislados [...] [mientras que las de 1913] han sido otra vez absolutamente legales, pero han sido al mismo tiempo completamente puras.

Alejandro Peralta, por su parte, sostuvo que en la primera elección

[...] parte de los electores estaban aún sometidos a las influencias artificiales que habían imperado tantos años [...].

[En cambio, en la elección de 1913], el pueblo [...] ha podido hacer uso de sus propias facultades para decidir su voto⁵³.

Pero la continuidad de la venalidad y demás «ardides electorales» es sólo una parte, la más visible quizás, de un conjunto de continuidades que se dieron a través de la ruptura que significó para el sistema político la reforma electoral.

Al respecto queremos recordar que la ley no fue tanto el producto directo de las demandas populares, como la anticipación de un sector de la elite gobernante. 1912 no sancionó legalmente una realidad político-social que le era previa, sino que abrió una etapa transicional; destruyó elementos del anterior sistema político, pero lo nuevo debería formarse. Es fundamental tener siempre presente la inflexión de 1912 pero evitando considerarla instantánea. El voto universal, masculino, secreto y obligatorio abrió a la ciudadanía las puertas de un terreno totalmente desconocido. No hay que soslayar la inexistencia en la Argentina pre-existente de un sistema de partidos políticos, sistema que no se crea por arte de la ley sino por la práctica de los actores sociales.

Así, la ley estimuló la práctica política que experimentó un gran crecimiento; la actividad partidaria no sólo se incrementó sino que fue reformulada, orientada cada vez más hacia la elaboración de una red de mecanismos de inserción en la sociedad civil, acorde con una política de masas. La ciudadanía misma se encontró frente a un nuevo sistema político que le dirigía apelaciones a la participación desde distintos sectores y que exigía al ciudadano que actúe como elector. A partir de 1912 se incorporó a la vida política institucional una

53. R.Rivarola, *op. cit.*, p. 199. A.Peralta, *op. cit.*, p. 147.

gran masa de ciudadanos que jamás había ejercido derecho alguno en materia electoral y que se comportaría con su nuevo capital político «como los herederos demasiado jóvenes durante los primeros días de fortuna», según la metáfora de LN⁵⁴.

Mientras el porcentaje de listas completas fue muy bajo en 1912 (55 %), trepó por sobre el 80 % a partir de 1914 demostrando que, al menos para 1912, casi la mitad de los ciudadanos no votó partidos sino hombres, eligiendo a los más prestigiosos de cada lista, en una clara muestra de la persistencia de la elección de «notables», modalidad electiva no completamente compatible con un «sistema de partidos».

Esta dificultad de los partidos políticos para ganar votos como tales nos está hablando de la existencia en la sociedad porteña de un vasto sector independiente; sector que no consideraba a los partidos políticos en sí mismos como adecuados mediadores entre sus intereses y el estado. Estas características también se observan en el hecho de que muchas candidaturas individuales eran postuladas o apoyadas por distintas asociaciones de profesionales u otras agrupaciones de interés.

El hecho de que el sistema de partidos no alcanzaba a prender adecuadamente encuentra su contrapartida en una sociedad en la que las clases se hallaban en formación, tanto en la cúspide como en la base; una «formación social» de gran heterogeneidad y movilidad que dificultaba adscripciones fijas a las distintas corrientes políticas y beneficiaba la representación política de tipo «movimientista» por un lado, la mediación corporativa por otro⁵⁵, y, en el caso que nos ocupa, la elección coyuntural del partido político o «candidato independiente» a votar.

Mencionamos la existencia de un amplio sector «independiente» y no encontramos razones para encasillarlo como conservador. Por las características mismas del sistema político que acabamos de analizar, el mismo electorado estaba en formación como tal. Ello dificulta otorgar a aquellos una definición tan precisa de su pertenencia ideológica y es preferible considerarlos como «ciudadanos no partidistas».

Así, el problema se plantea de manera diferente y el estudio deberá abocar-

54. LN, 8 de abril de 1913. Sobre estos aspectos pueden verse: Viguera, Aníbal, *op. cit.*; Bonaudo, Marta y Sonzogni, Élida, «Sufragio libre y cuestión social. Argentina, 1912-1922», en *Cuadernos del Claeh*, año 14, N° 50, Montevideo, 1989, pp. 143-163; Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto, «Ciudadanía política y ciudadanía social: los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1955», en *Índice para el análisis de nuestro tiempo*, N° 5, 2ª. época, Centro de Estudios Sociales-DAIA, Buenos Aires, 1992, pp. 75-101.

55. Ansaldo, Wálido: «Estado, partidos y sociedad en la Argentina radical, 1916-1930», en *Cuadernos del Claeh*, año 14, N° 50, Montevideo, 1989, pp. 45-70; «Democracia y dictadura en la historia de la sociedad argentina», en *Índice para el análisis de nuestro tiempo*, N° 5, 2ª época, Centro de Estudios Sociales-DAIA, Buenos Aires, 1992, pp. 103-136; «¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930», en *loc. cit.*

se, sobre todo, a las disputas entre la UCR y el PS (y, circunstancialmente, los conservadores) para alcanzar la hegemonía político-cultural, en tanto y en cuanto ese electorado virtual se materializaría en la interacción cotidiana entre sus condiciones materiales de vida y las apelaciones y posibilidades que dichos partidos les brindaban⁵⁶. Este proceso de formación política de la sociedad porteña encontró mejor preparado, en un primer momento, al PS que ya poseía una importante estructura de inserción en la sociedad civil. Al tiempo que la UCR estaba inmersa en el proceso de constitución de la estructura comiteril que la haría famosa por su eficacia en la captación de votos.

En 1915 los comités radicales abrieron los consultorios jurídicos y médicos gratuitos y se inauguró el reparto de juguetes navideños y de «alimentos radicales» de bajo precio. En 1916 comenzó el «patronazgo administrativo»⁵⁷. Para esta época, el Partido Socialista ya había estabilizado su capacidad de convocatoria y las mayores oscilaciones en la recaudación electoral serían aquellas de la UCR y los conservadores. Regresando al tema puntual que nos ocupa y presente el marco más general en que se encuadra, consideramos que muchos de los factores enumerados por los contemporáneos cumplieron su papel en el sorprendente triunfo socialista. Nos referimos a que en un ámbito donde aún no habían cristalizado las clases sociales, en que la «ciudadanía política» fue cedida desde arriba, sin que existiera previamente un sistema de partidos ni una cultura política acorde, los ciudadanos sin partido (la gran mayoría) debieron comenzar un proceso de búsqueda y construcción de la identidad política, más influido por impresiones coyunturales que por la configuración ideológica de los distintos partidos.

En este sentido consideramos que un primer paso consistió en decidir entre oficialismo y oposición donde los más se expresaron contra el régimen conservador; en palabras ya citadas de *LP*, «el pueblo no es conservador [...] no quiere conservar los frutos de los métodos de gobierno usados de cerca de medio siglo a esta parte». Como segundo paso, eligieron entre la UCR y el PS. En este sentido, la preferencia por el segundo en las elecciones de 1913 y 1914 debió estar fuertemente influida por la práctica parlamentaria, que casi todas las fuentes mencionan, por la coherencia ideológica y de acción, por los aciertos propios y los errores ajenos. Y es aquí donde lo central fue la organización partidaria. En primer lugar, porque es ella la que explica, en gran parte, los anteriores factores, como sostuviera Rodolfo Rivarola (ver supra); pero, ade-

56. Algunos aspectos de ello son abordados por Aníbal Viguera, *op. cit.*; y por Sergio Berensztein, *op. cit.*, para el PS, aunque en nuestra opinión con un énfasis excesivo en factores políticos y culturales, olvidando el proceso de formación objetivo de las clases sociales.

57. Véanse: Rock, David, *op. cit.*, cap. 3; y Viguera, Aníbal, *op. cit.*

más, dicha organización partidaria permitió la inserción directa dentro de aquella sociedad en formación. En momentos en que decenas de miles de electores nóveles recibían apelaciones de numerosos grupos políticos que, en el pasado habían demostrado escaso interés por ellos, es lógico pensar que el PS se hallaba mejor posicionado pues desde años realizaba una práctica barrial cotidiana (no siempre relacionada con las batallas electorales)⁵⁸. También ayuda a explicar las posteriores derrotas que, a partir de 1916, sufrió el socialismo a manos de la UCR; pues fue a mediados de la segunda década cuando la UCR terminó de conformar su estructura partidaria y también cuando comenzó a manifestarse la esclerosis del partido de Juan B. Justo.

58. Ver Sergio Berensztein, *op. cit.*, donde se analizan pormenorizadamente estas prácticas y se muestra el predominio que en ellas tenían las actividades culturales y educativas por sobre las de adoctrinamiento partidario y política electoral.